

Los primeros misioneros jesuitas entre guaraníes y la experiencia de las “aldeias” de Brasil

The first Jesuit missionaries among the Guarani and the experience of the “aldeias” in Brazil

Carlos A. Page¹
capage1@hotmail.com

Resumen: En la extensa bibliografía referida a las misiones jesuíticas de guaraníes poco se ha tenido en cuenta el accionar de los jesuitas portugueses en el periodo de la primera evangelización. Sin embargo y si de antecedentes se trata, muchos los han buscado desde la experiencia de los jerónimos en las Antillas, pasando por la acertada Verapaz de Bartolomé de las Casas, los primeros contactos de los jesuitas del Perú, la labor de los franciscanos en Asunción, entre otros. Pero obviamente fue significativo el trabajo de los primeros jesuitas que se internaron en suelo paraguayo y que fueron precisamente de la Asistencia de Portugal. De tal manera que el artículo quiere referenciar y valorizar el accionar de estos jesuitas que habían tenido su propia experiencia con las *aldeias* del Brasil, que la transportaron al Paraguay con sus previas y exitosas misiones itinerantes que realizaron en el Guayrá, donde incluso lograron consolidar su propio aprendizaje de la lengua y formar agrupamientos indígenas cristianos que fueron el germen de las futuras reducciones.

Palabras clave: Guayrá, misiones jesuíticas, Paraguay.

Abstract: In the extensive literature on the Jesuit missions of the Guarani, little account has been taken of the Portuguese Jesuits' work during the first evangelization period. However, many have sought for antecedents of such work in the Jeronimos' experience in the West Indies, from the well-chosen Verapaz of Bartolomé de las Casas to the first contacts of the Jesuits in Peru as well as the Franciscans' work in Asunción, among others. Yet the work of the first Jesuits that settled in Paraguayan territory and belonged, precisely, to the Portuguese Assistance was, without any doubt, significant. Therefore the purpose of the article is to refer to and highlight the work of these Jesuits who had had their own experience with the *aldeias* of Brazil and took it to Paraguay along with their previous and successful missions in Guayrá, where they could even consolidate their own learning of the language and create Christian indigenous groups that were the seeds of future reductions.

Keywords: Guayrá, Jesuit missions, Paraguay.

¹ Investigador del CONICET con sede en la Unidad Ejecutora del CIECS-UNC. Rondeau 467, Piso: 1, Córdoba, 5000, Argentina.

Introducción

Un referente indiscutible que ha estudiado el trabajo de los jesuitas de la Asistencia de Portugal en la región del Paraguay es sin dudas el P. Serafim Leite con su monumental obra publicada por primera vez en 1938, aunque en otras oportunidades anteriores también abordó el tema (Leite, 1936, 1937). No es el caso de la historiografía de lengua castellana que ignoró o soslayó el tema; algunos categóricamente como el P. Hernández (1913, T.1, p. 440). Aunque el P. Furlong, quizás más cauto, llegó a expresar que si bien “no hay ni remoto parentesco entre estas aldeas y las reducciones de Guaraníes [...] es de justicia reconocer que fueron antecedentes, más o menos embrionarios de aquellos maravillosos pueblos guaraníes” (1971, p. 51). Sin embargo sostenemos que no fueron solo antecedentes, sino el claro inicio de un accionar que tuvo una manifiesta continuidad en el tiempo sin cortes institucionales como la creación de la provincia del Paraguay, que sirvió para consolidar lo ya iniciado en 1588. Otros muchos autores, especialmente brasileros, siguieron esta hipótesis revalidando al P. Leite y haciendo nuevos aportes (Schallenberger, 1997; Monteiro, 1994, 2004; Franzen, 2003; Gadelha, 2013, entre otros).

El tema reduccional nos remonta a los tiempos de la conquista, a partir de las gestiones de los Reyes Católicos con la Santa Sede para que se reconociera el dominio legal de las nuevas tierras a cambio de enviar misioneros para su evangelización. Potestad finalmente concedida por el papa Alejandro VI en 1493 y ampliada al acordar parte de los dominios con Portugal, lo que derivó al año siguiente en el siempre discutido Tratado de Tordecillas (Page, 2012, p. 9-36). A partir de allí y desde 1501 comenzaron a surgir varias Instrucciones al gobernador de La Española (Santo Domingo) Nicolás de Ovando, junto a otras que terminaron de consolidarse en las Leyes de Burgos (1512).

El mandatario reunió indios en poblaciones al modo de los “labradores de Castilla”, poniendo al mando a los caciques más “castellanizados” y un administrador español a cargo de educar y evangelizar, a cambio de usar sus servicios laborales. Este último punto fue clave en el devenir de las experiencias posteriores. Pues la de Ovando concluyó en un fracaso y se derivó la tarea a los jerónimos, quienes pusieron en práctica su plan reduccional con los taínos en 1517, compartiendo su tutelaje con un funcionario español y el cacique, pero sobre todo eliminando el servicio personal.

Lograron levantar 17 pueblos, que fueron arrasados por una epidemia de viruela. A ello se sumó la muerte de Cisneros, y el proyecto quedó sin sustento político y los pueblos fueron devueltos a los encomenderos para la explotación de la mano de obra indígena, poniendo como excusa que era necesaria la presencia europea en los poblados de indios para su mejor conversión. Aquí aparece el argumento que trata de sostener el sistema de encomiendas. Asimismo los franciscanos, que llegaron a tierras novohispanas en 1524, fundaron reducciones donde no convivían españoles, pero los indios estaban sujetos a las encomiendas, como pasó en todas las que levantaron en el resto de América.

El único que logró separar las aguas fue Bartolomé de las Casas O.P., quien, a medida que adquiría experiencia, iba reelaborando su proyecto hasta las capitulaciones de Tuzulutlán (1537), donde, al poner los indios de Verapaz en “cabeza de rey”, los eximía de la encomienda y prohibía, al menos en los primeros cinco años, el ingreso de españoles. Incluso los dominicos introdujeron aquí la evangelización a través de la música. Pero la codicia de los colonos venció en dos años y los indios fueron entregados a las encomiendas. No obstante este modelo se encaminaba a encontrar una solución para las relaciones entre europeos y naturales.

Esta tensión nunca fue totalmente superada, pues la coexistencia era a luces imposible. Los jesuitas portugueses, que fueron los primeros en llegar a América, tuvieron muy clara esta resistencia que no pudieron superar los jesuitas del Perú por la obstinación del virrey Toledo², quien les ordenó administrar parroquias dentro de reducciones tuteladas, ya sea en barrios suburbanos o en pueblos precolombinos, donde los ignacianos no tenían control administrativo. No obstante el P. Hernández (1913, I, p. 432-437) trajo como antecedente la experiencia de Juli, seguida por muchos historiadores, pero que difiere de las *aldeias* y las reducciones del Paraguay. Otros reflexionaron sobre la influencia del franciscano andaluz Luis de Bolaños y sus reducciones cercanas a Asunción, que desde 1580 en realidad cumplían la función de agrupar poblacionales indígenas con fines a la explotación de la mano de obra. Tal lo había denunciado otro franciscano, fray Jerónimo de Mendieta, quien escribió que las reducciones, además de explotar a los indios, servían para apropiarse de las tierras que les hacían abandonar y ese desarraigo favorecía las epidemias. Su texto terminado en 1596 fue prohibido y recién se publicó en 1870 (Mendieta, 1870).

² En 1549 y ante solicitud de los clérigos de Lima, se agruparon todos los indios en sus proximidades, en tanto en 1556 el virrey Hurtado de Mendoza dictó instrucciones para que los religiosos, sin control español, usaran patrones de asentamiento según urbanizaciones hispanas, con manzanas cuadradas, solares con huertas y plaza mayor. Los encomenderos reaccionaron rápidamente y el Perú se convulsionó. La pacificación estuvo a cargo del virrey Francisco de Toledo, llegado en 1569 para acabar con los Incas y reducir el poder de los encomenderos. Además creó reducciones tuteladas siguiendo el modelo teórico de Juan de Matienzo de ciudades urbanísticamente españolas gobernadas por naturales sin intervención española. La concentración trajo no solo la desnaturalización del indio, sino pestes que diezmaron la población americana.

La región del Paraguay en particular tuvo sus propias características, pues fue colonizada por españoles a mediados del siglo XVI con la fundación de ciudades, estrechando vínculos de parentesco con los guaraníes, hasta que la relación se quebró con el sistema de encomiendas. Los primeros jesuitas llegados del Brasil actuaron como mediadores, aunque no por mucho tiempo, debido a los crecientes excesos, lo que los ubicó claramente en defensa del indio (Costa y Menezes, 2002, p. 228). Pues a falta de minerales, la mayor riqueza de estas tierras se constituyó en la mano de obra indígena, que también fue explotada por los paulistas que comenzaron a entrar en la región a la caza de indios para esclavizarlos en los emprendimientos agrícolas de São Pablo y azucareros del litoral (Monteiro, 1994, p. 57; Schallenger, 1997, p. 122)

La experiencia de los jesuitas del Brasil y el proyecto Paraguay

Los primeros jesuitas llegados al Brasil, con el P. Manuel da Nóbrega como superior, arribaron en 1549 junto al gobernador Tomé de Souza, quien traía instrucciones precisas del rey João III sobre la evangelización y agrupamiento de los indios. De esta manera el P. Nóbrega explicó al año siguiente que “desejamos congregiar todos os que se baptizam, apartados dos mais” (Leite, 2001, I, p. 239). Y así lo hizo junto a Bahía y relató al monarca, en 1552, que en esa *aldeia* están los cristianos, tienen una iglesia y una casa de los Padres donde les enseñan. Pero como en el resto del continente, el verdadero problema era el encuentro y relación entre colonos e indios, cristianos o no, pues siempre fue desfavorable para estos últimos en la mayoría de los aspectos.

Al igual que en Europa y en la América española, el inicio de la actividad evangelizadora de los jesuitas portugueses se daba a través de misiones itinerantes, recorriendo amplias regiones y teniendo como base de operaciones una residencia o colegio urbano. Se captaba primero la simpatía de los más influyentes con el objeto de llegar más fácilmente al resto.

El P. Nóbrega fue el primer jesuita que tuvo frente a sus ojos una realidad americana diferente a la europea, es decir, que fue tomando conciencia que los jesuitas debían involucrarse en las cuestiones de la administración civil, pues además de la evangelización debieron hacerse cargo de las *aldeias*, para conseguir ante todo que los naturales vivan en “policía”. De tal manera que, además del catecismo, se propusieron llevar a los indios la forma de vida

europea, lo que implicaba una tarea no contemplada ni consentida por los superiores de Roma.

Hacia la capitania de São Vicente, limítrofe con el Paraguay, el P. Nóbrega envió al P. Leonardo Nunes. El sacerdote apodado *Abêré Bêbê* (Padre volador), viajó en la flota de Pero de Góis y fue recibido —al decir del P. Anchieta— “como anjo ou apóstolo de Deus” (Leite, 2001, I, p. 87). Llegó con el H. Diogo Jácome y casi una docena de niños con la intención de abrir una escuela de instrucción y catecismo. Se le sumaron hijos de indios y lusitanos, donde se les enseñó a leer y escribir, portugués y latín. Muchos de los primeros vivían en las afueras del poblado.

Pues el P. Nunes no solo pensaba en la educación de los niños sino que, una vez concluida la iglesia en 1551, pretendía ampliar su labor apostólica hacia la región paraguaya. La planificada expedición duraría entre seis y siete meses, llevando consigo cuatro lenguaraces, uno de ellos el H. Pero Correia, quien tiempo después alcanzó a los Ybyrajáras a costa de su vida (Figura 1).

Para entonces el P. Nóbrega, que todavía se encontraba en Bahía, recibió en 1552 noticias del P. Nunes quien le cuenta su proyecto, describiendo el Paraguay y alabando a los indios carijós, como eran conocidos los guaraníes en São Vicente, incluso poniendo como fecha de su partida el 1º de agosto (Leite, 1957, p. 22). El P. Nóbrega enseguida hizo suya la propuesta de adentrarse hacia el Guayrá, proyectando viajar al Paraguay a través del camino de Peabiru, uno de los que se extendían de la costa de São Vicente al Paraná y era usado desde siempre por los indígenas. El sendero incluso seguía hasta las costas del Pacífico (Leite, 2001, I, p. 117; Bond, 2014).

El P. Nóbrega finalmente viajó a São Vicente en 1553. Al constatar que el colegio había alcanzado ochenta alumnos, no demoró en darle forma jurídica como en Bahía, inaugurándose con las solemnidades del caso, el Colégio dos Meninos de Jesus de São Vicente, el 2 de febrero de 1553. Pero su idea era viajar al Paraguay y para ello primero encaminó una expedición que fundó la *aldeia* de Piratininga, luego se encontró con el H. Correia en Maniçoba (São Luiz do Japiúba) de indios carijós, ubicada a 90 millas de aquella. Allí comenzaron a acercarse guaraníes, no sin resistencia de los tupíes. Al año siguiente fundó la *aldeia* de Gerabatiba, y poco después Iberapuera, pensadas como puestos de avanzada hacia el Paraguay (Leite, 2001, I, p. 96; Monteiro, 2004, p. 21-67).

Por entonces llegaron a São Vicente el conocido alemán Ulrico Schmidel y el capitán español Ruy Díaz Melgarejo³, además del anteriormente aventurero portu-

³ Por mandato de Irala, Melgarejo fundó las poblaciones de Ciudad Real del Guayrá en 1556, con los habitantes de Ontiveros, luego Villarrica del Espíritu Santo en 1570 y ya como teniente de gobernador del Guayrá, Santiago de Jerez en 1580, aunque con la misma población que la primera. No será un dato menor que tuvo un hijo en Paraguay que ingresó a la Compañía de Jesús del Brasil, llamado Rodrigo Melgarejo, que acompañó a los PP. Cataldino y Mascetta por el Guayrá.



Figura 1. Grabado de Melchior Küssel representando el martirio de los P. Pedro Correia y Joao de Souza en diciembre de 1544 (“Societas Iesu inter Americae persecutiones, in pretiosum Adamantem Annuli Dei duratur” del libro de Tanner, 1675, p. 438).
Figure 1. Melchior Küssel engraving representing the martyrdom of Father Pedro Correia and Joao de Souza in December 1544 (“Societas Iesu inter Americae persecutiones, in pretiosum Adamantem Annuli Dei duratur” del libro de Tanner, 1675, p. 438).

gués y luego jesuita António Rodrigues⁴ (Cortesão, 1951, p. 64-65), quienes entre otros que enviaban denuncias al rey describían los malos tratos que los asunceños daban a los indios. Motivo que provocó al P. Nóbrega para revivir su proyecto hacia el Paraguay. Con los datos recogidos le escribió a San Ignacio el 25 de marzo de 1555, diciéndole que pensaba levantar una casa amplia en Asunción, por la cercanía con São Vicente ubicada a 150 leguas, pero sobre todo por los españoles:

los cuales tienen sojuzgado cien leguas a la redonda mucho número de gentiles de diversas generationes.

Este es el más maduro fruto para se recoger que ay agora en estas partes porque los obreros que allá tienen no son sino de maldad (Leite, 1957, p. 168).

El P. Nóbrega se aprestaba para su partida y el gobernador Tomé de Souza no lo permitió, argumentando que São Vicente quedaría despoblada, amén de los posibles conflictos que despertaría con las autoridades hispanas. A pesar de ello tanto los jesuitas como el gobernador estaban convencidos que aquellas tierras eran de Portugal. De allí la convicción de extender la actividad apostólica.

A todo esto el mismo San Ignacio –nos recuerda el P. Furlong– le escribió al P. Rivedeneyra, a comienzos de 1556, que

de las Indias del Brasil tenemos nuevas cómo han comenzado a comunicarse los nuestros, que están en la Capitanía de San Vicente, con una ciudad de castellanos que se llama Paraguay, en el Río de la Plata (Furlong, 1971, p. 15-26).

Siguiendo lo ordenado por Tomé de Souza de no permitir los viajes al Paraguay, su sucesor Duarte da Costa reforzó aquel impedimento en 1556, sentenciando que ningún portugués podía pasar al Paraguay y los españoles que llegaran a São Vicente serían deportados. El provincial de los jesuitas, en consonancia con el gobernador, estaba de acuerdo que no debía hacerse aquella expedición, y el P. Nóbrega volvió a Bahía en ese año, pero no resignó su proyecto y siguió insistiendo. Al fin el provincial de Portugal dejó el tema que lo decidieran los propios consultores del Brasil, quienes se inclinaron por el viaje, pero que no lo hiciera el P. Nóbrega, pues era provincial, sino el P. Luiz de Grã. Emprendió la expedición en 1558 aunque no tenía la voluntad y el espíritu del P. Nóbrega y los tupíes se encargaron de amedrentarlo, al tiempo que llegó su nombramiento como provincial y todo se paralizó (Leite, 2001, I, p. 119).

Unos años después los jesuitas de Roma, a través del General Diego Láinez, determinaron en 1561 que, para viajar al Paraguay, los jesuitas portugueses debían obtener licencia del rey de Portugal o del gobernador (Leite, 1958, p. 541). Posición que mantuvo tiempo después el visitador jesuita Inácio de Azevedo en 1568 (Leite, 1960, p. 482).

Todas estas tensiones quedaron zanjadas luego de la unión de las dos Coronas en 1580 y prolongada hasta 1640. Los jesuitas aprovecharon esta coyuntura y en la

⁴ Rodrigues (Lisboa, 1516-Río de Janeiro, 1568) fue un músico y soldado portugués que llegó al Río de la Plata en la flota de Pedro de Mendoza, participando en las fundaciones de Buenos Aires (1536) y Asunción (1537). De regreso a su patria ingresó como coadjutor al Instituto en 1553, siendo el primer maestro del colegio de San Pablo. Fue trasladado a Bahía y luego ordenado sacerdote en 1560, trabajando en las aldeias donde fomentaba la música y los coros de niños (Leite, 1956, I, p. 46).

Congregación General llevada a cabo en Bahía en 1583, presidida por el P. Anchieta, le propusieron al P. General que le mostrara al rey las ventajas que tenían los jesuitas del Brasil para la evangelización del Paraguay, simplemente por la proximidad que había. Al año siguiente el general Aquaviva autorizó al visitador Cristóvão de Gouveia a enviar jesuitas al Paraguay. Lo hizo porque los jesuitas respondían a una estructura jerárquica sin diferencias territoriales y con una única dirección, donde no hubo rivalidades entre los miembros de Brasil y el Paraguay sino mutua cooperación (Gadelha, 2013, p. 15).

Los aldeamentos

El P. Nóbrega ya había dejado constituidas varias *aldeias* alrededor de Bahía donde los jesuitas las visitaban periódicamente, adoctrinando a los naturales en su lengua. Aquella experiencia la trasladó a São Vicente con la contradicción del imposible modelo que imponían los jesuitas de Roma de separar la esfera temporal de la espiritual. Pues la administración temporal llevada a cabo por los colonos era totalmente perjudicial para el adoctrinamiento, como ya se habían dado cuenta otros religiosos como los jerónimos en las Antillas desde los inicios de la conquista. Es decir, lesionaba la formación religiosa y moral de los indios ante la codicia y malos ejemplos de los europeos.

Fue por ello que el P. Nóbrega decidió trasladar el colegio de São Vicente a Piratininga donde congregó las *aldeias* de los caciques Tibiriçá y Caiubí, consagrándose a São Pablo el 29 de agosto de 1553 y dejando a los PP. Paiva y Anchieta. La casa de los jesuitas era de barro y paja, sirviendo de “escola, Refeitório, enfermaria, cozinha e despensa”, aunque pronto se mejoró la edificación con la intervención del misionero y arquitecto P. Afonso Bras (1524–1610) que trazó un nuevo plano que incluyó una iglesia inaugurada en 1556. Pero también Bras no solo hacía de obrero sino que ayudó a los indios a hacer sus casas con tapias al modo de los portugueses (Leite, 2001, I, p. 97, 100).

Antes de la fundación de cada uno de estos asentamientos, los jesuitas practicaban sus misiones volantes en los fluctuantes agrupamientos de indios, pues luego de lo que duraba en pie su vivienda, se mudaban de sitio. Efectivamente antes de la conversión, los naturales –según escritos del P. Fernão Cardim de 1580– vivían en aldeas en *ocas* o casas “mui compridas, de duzentos, trezentos ou quatrozentos palmos, e cincoenta em largo”, fundadas

sobre grandes esteras de maderas con paredes de paja, cubierta de “pindola”, que es un tipo de palma que viene bien para el agua y dura de tres a cuatro años. Cada una tiene dos o tres puertas sin cerramiento. Residen en ellas entre 100 y 200 personas sin divisiones interiores, siempre con el fuego prendido. Los jesuitas cambiaron esa modalidad haciéndoles casas familiares de tapia. Junto a aquellas enormes viviendas estaban las tierras de cultivo, mientras las *aldeias* jesuíticas de los comienzos tenían la huerta junto a la casa, después se fueron adjudicando parcelas en las afueras de las mismas. Recibían un título o escritura de parte del gobernador, a los fines que no las abandonasen (Leite, 2001, I, p. 253).

Las pujas constantes con los colonos se debieron a la libertad del indio que defendían los jesuitas, y aquellos acusaban a éstos de tenerlos para beneficio propio, cuando en realidad proponían la regulación del trabajo frente a la esclavización manifiesta que querían los colonos. El canto, la música, danzas y festividades eran muy habituales entre estas *aldeias*, como lo había practicado de Las Casas en Verapaz y lo seguirán haciendo los jesuitas del Paraguay.

De tal manera que los indios fueron formados en oficios y la religión se transformó, al igual que aquellos, en parte de la vida cotidiana, donde los jesuitas eran partícipes fundamentales. No obstante desarrollaron estas *aldeias*, viendo el fracaso de las “aldeias particulares” y “aldeias reais”, donde sus habitantes se subordinaban a la mano de obra que requerían los portugueses (Ruiz González, 2004, p. 485–502).

Para el mismo año de la fundación de Piratininga, el gobernador general Tomé de Sousa fundó la villa portuguesa de Santo André da Borda do Campo y dejó como capitán a João Ramalho, quien plantó la picota municipal. La villa no tuvo ni párroco, ni cura alguno, solo los jesuitas del colegio de São Paulo la visitaban los domingos, a pesar que la gente de Ramalho no era muy afecta a ellos. No obstante se comenzó a pensar en reunir su población con la de Piratininga, pues aquella amenazaba a despoblarse ante ataques externos. De tal manera que en 1560 se efectuó la mudanza de la picota frente a la casa de los jesuitas y dos años después Ramalho juró como capitán de la villa.

Piratininga se convirtió en la más importante villa administrada por europeos y centro de una docena de *aldeias* indígenas que giraban junto a ella, pero se desvanecieron para concentrarse en dos, entre 1580 y 1584: la de Nossa Senhora dos Pinheiros (Carapicuíba)⁵, ubicada a una legua de São Pablo y la de São Miguel de Uraraí⁶ a dos leguas. En ambas se juntaron unas mil

⁵ Fue fundada por los jesuitas en tierras concedidas por Jerónimo Leitão a Alfonso de Sardhina, quien después de tenerla como depósito de indios esclavos, la donó a la Compañía de Jesús. En 1736 la aldeia fue reconstruida y la capilla dedicada a San Juan Bautista pasó a llamarse de Nossa Senhora de Graça. Carapicuíba se desarrolló en torno a una plaza rectangular, delimitada por modestas casas de tapia.

⁶ Hoy São Miguel Paulista, ubicada dentro de la ciudad de São Pablo. Fue fundada luego de la visita a los indios guaiases del P. Anchieta de 1560 y aún se conserva la antigua capilla dedicada a São Miguel Arcanjo reconstruida en 1622.

personas. De tal manera que el colegio de los jesuitas varió su orientación al comenzar a formar portugueses e indios, siendo además casa de estudios de los ignacianos. Aunque pronto los indios fueron desplazados y ubicados en las *aldeias* periféricas donde los jesuitas no residían en forma permanente, sino hasta después de la visita del P. Cristóvão de Gouveia, enviado por el general Aquaviva entre 1583 y 1589, que ordenó, además de la libertad del indio, que morasen en cada *aldeia* dos jesuitas (Leite, 2001, I, p. 107). La orden no pudo cumplirse por el momento ante la escasez de operarios, y continuaron así hasta fin del siglo, con algunos contratiempos como la guerra con los tupinaquins en 1590 y por los desórdenes que periódicamente cometían los portugueses. Esto último se zanjó con la prohibición que no se instalaran blancos que dio el capitán general Jerônimo Leitão en 1583.

La historia de las *aldeias* jesuitas fue alcanzando otros horizontes, que no llegaron a modificar sustancialmente su génesis. Luego de establecer que serían administradas por cuatro jesuitas cada una, con un superior o superintendente para todas en 1598, el gobernador Mem de Sá, sucesor de Duarte da Costa, les otorgó estatus municipal, con una picota en la plaza y un alguacil indígena subordinado a los jesuitas. Fue también cuando se determinó que las pequeñas *aldeias* se agrupen en poblaciones grandes, con iglesia y residencia de los sacerdotes que debían instruir a los indios. Pero al poco tiempo este cargo se dio a los portugueses que se encargaron del gobierno temporal (Franzen, 1999, p. 147; Lígio de Oliveira, 2008, p. 189) y, en la mayoría de los casos, los indios terminaron sirviendo a los portugueses que se afincaron en ellas en un claro retroceso de las conquistas jesuíticas.

Un último tema que demuestra la influencia notable de los misioneros brasileiros en Paraguay fue el manejo de las lenguas indígenas. El tupí-guaraní (o tupinambá) se hablaba en toda la costa del Brasil y en el curso del Amazonas, y con ciertas similitudes el guaraní, al sur de Paraguay. Los jesuitas inmediatamente de su llegada aprendieron la lengua⁷. Precisamente el P. Nóbrega ordenó al P. João de Azpilcueta que fuese a Porto Seguro para confeccionar oraciones y sermones en lengua de la tierra con la ayuda de un intérprete. Pero la construcción de los textos doctrinarios se consolidó a través de un trabajo colectivo donde intervinieron los PP. Pero Correia, António Pires, Luis de Grã, Leonardo do

Vale, quienes hicieron circular manuscritos continuamente revisados en las *aldeias* desde 1555. Finalmente el P. José de Anchieta con toda esa experiencia acumulada compuso un “Arte” en seis meses. Se pidió autorización para publicarlo en 1592 y tres años después se imprimió en Coimbra⁸, siendo el primer libro en lengua tupí-guaraní que se conoce (Assunção y Fonseca, 2005, p. 161-175). Escribe el P. Pero Rodrigues, en 1605, que

É o instrumento principal de que se ajudam os nossos Padres e Irmãos, que se ocupam na conversão da gentildade, que há por toda a costa do Brasil. Esta língua á a geral, começando arriba do Rio do Maranhão e correndo por todo o distrito da Corona de Portugal até o Paraguai e outras províncias sujeitas á Coroa de Castela (Leite, 2001, II, p. 391-392).

Seguramente los jesuitas que pasaron al Paraguay se valieron y aprendieron de estos manuscritos y de la propia experiencia en las misiones del Brasil.

Los primeros jesuitas que llegaron al Paraguay

En la 14ª expedición de jesuitas portugueses, cuyo superior fue el P. Luis de Mesquita, llegaron en 1574 cinco religiosos, uno de ellos era el español P. Juan Saloni⁹ (1537/1540-1599). Mientras que el P. Thomas Fields¹⁰ (1549-1625) arribó en 1577 en una nutrida expedición de diecisiete jesuitas. No sabemos cuándo llegó el P. Manuel Ortega (1560-1622) a las costas del Brasil¹¹, pero sí que fue recibido en el noviciado jesuítico por el P. Anchieta en 1580. Pues estos fueron los tres jesuitas del Brasil que por primera vez llegaron a Asunción y sus alrededores, realizando una labor apostólica que inició un camino con un próspero recorrido.

Los tres procedían de lugares totalmente distintos. Saloni, que era el mayor, venía del pequeño pueblo catalán de Granadella, en Lérida, habiendo ingresado a la Compañía de Jesús de la Provincia de Aragón en 1571. Fields era un joven irlandés, cuyo padre, Williams, fue un médico que lo envió a estudiar tres años humanidades en Paris y Douai, y otros tres años filosofía en Lovaina,

⁷ Recordemos que en el Perú hasta la llegada de Toribio de Mogrobojo se catequizaba en latín y castellano, aunque Solórzano, Toledo y el propio Felipe II estuvieran en contra. Este último dispuso en 1580 cátedras de lenguas indígenas en las universidades de Lima y México, medida reforzada en el Tercer Concilio Limense (1582-1583), aunque ya los jesuitas habían tratado el tema en 1576, encargando las traducciones (aymará y quechua) al P. Alonso Barzana, pues este era un mandato expreso en sus propias Constituciones.

⁸ Arte de Gramatica da Lingoa mais vsada na costa do Brasil. Feyta pelo padre Joseph de Anchieta da Companhia de IESV. Com licença do Ordinario & do Preposito geral da Companhia de IESV. Em Coimbra per Antonio de Mariz. 1595.

⁹ Su biografía en Lozano (1754, I, p. 394-411). Cabe aclarar que Lozano expresa que escribió de él el P. Juan Pastor en su historia hoy perdida y también lo hizo del Techo en las por entonces inéditas Décadas (Del Techo y Orosz, 1759, p. 54-58). Storni (1980, p. 258).

¹⁰ Nació en Limerick, Munster, Irlanda. Sobre su biografía en Del Techo y Orosz (1759, p. 71); Furlong (1971); Gwynn (1924) y Storni (1980, p. 110).

¹¹ Sobre su biografía en Necrológica del P. Manuel Ortega, Carta del P. Luis de Santillán dirigida al rector del colegio de Potosí P. Francisco Aramburu (La Plata 30-11-1622; AGN, Sala IX, 21-5-2 ff. 39-42). También ver Lozano (1754, I, p. 458-469) y Del Techo y Orosz (1759, p. 59-70); Pastells (1912, p. 77-82, 221-223) y Viotti (1969, p. 30-45).

donde alcanzó el grado de Maestro de Artes. De Bélgica pasó a Roma, donde ingresó a la Compañía en 1571, completando sus estudios en el noviciado de Sant'Andrea al Quirinale y luego en la universidad de Coimbra (Leite, 2001, I, p. 122). Finalmente Ortega era el menor de los tres, procedente de la antigua ciudad romana de Lamego, ubicada sobre el río Douro en Portugal, donde su tío fue obispo de Porto. Siguió sus estudios en Bahía, incluso de la lengua tupí (Leite, 2001, p. 392). Si bien estuvieron alrededor de una década en Brasil, creemos que al menos los PP. Fields y Saloni se encontraron antes del viaje a Paraguay. Este último había sido propuesto para la India, pero, en Lisboa, el general Everardo Mercuriano le cambió el destino para Brasil. Fue misionero y, según Lozano, con destino a la *aldeia* de San Antonio, donde aprendió el tupí. Fue luego compañero del P. Brás Lorenço (1525-1605) en Rio Real, ubicado entre los actuales estados de Bahía y Sergipe, por expreso mandato del viceprovincial Inácio de Tolosa. Fueron con unos indios de San Antonio y un grupo de soldados que hicieron asiento en la costa, mientras los PP. se internaban a predicar en tierras indígenas. Aquí estos jesuitas tuvieron ocasión de ver cómo los europeos esclavizaban a los indios, levantando una *aldeia* y capilla dedicada a Santo Tomé, además de otras dos consagradas a San Ignacio y a San Pablo. Volvió el P. Saloni a Bahía a concluir sus estudios. Pasó ocho años en las *aldeias*, defendiendo la libertad del indígena y radicándose luego en Piratininga, donde fue rector del colegio de São Paulo entre 1581 y 1586, es decir cuando ya había población portuguesa en la primitiva *aldeia* de indios (Leite, 2001, I, p. 122; Vargas Ugarte, 1963, p. 164, 262). Cuando el P. Fields llegó a Bahía, misionó por un tiempo por Brasil hasta que en 1584, se encontraba en el colegio de São Paulo, donde estudió Teología y luego fue profesor, justamente en tiempos del rectorado del P. Saloni, aunque el P. Fields a su vez acompañó al P. Anchieta en sus visitas a los pueblos tupíes, como lo hizo también el P. Ortega en la misión del sertão (Lozano, 1754, I, p. 467; Furlong, 1971, p. 11-12; Leite, 2001, p. 12).

Por tanto los tres estaban familiarizados no solamente con las *aldeias* brasileras, especialmente la de Piratininga, sino también con la lengua tupí-guaraní. Y mencionemos nuevamente la Congregación de 1583 donde se trató la evangelización del Paraguay y la autorización al año siguiente del P. Aquaviva "*per modum missionis*" (Leite, 2001, I, p. 120). Por tanto, cuando el visitador Gouveia recibió la carta del obispo Francisco Vitória O.P. (1576-1592), solicitando misioneros para su

obispado del Tucumán, firmada el 6 de marzo de 1585, su antecesor el P. Anchieta ya tenía decidido enviar a tierras españolas al italiano Leonardo Armini como superior, al español Manuel Saloni, los lusitanos Esteban de Grão y Manuel Ortega, y el irlandés Thomás Fields. Pero el obispo de origen portugués favoreció aquel viaje disponiendo un navío para que el clérigo y tesorero de la Catedral de Tucumán Francisco Salcedo y Diego de Palma Carrillo busquen y traigan a los misioneros desde Bahía (Egaña, 1961, XVIII, p. 561). Salieron de Buenos Aires el 20 de octubre de 1585, llegando primero a São Vicente y luego a Bahía a comienzos de marzo de 1586 (Leite, 2001, I, p. 120). Permanecieron seis meses en Brasil mientras construían un barco de 35 a 40 toneladas, sumándose a otro navío que habían comprado en São Vicente.

A todo esto el obispo de Tucumán había asistido al Tercer Concilio Limense (1582-1583), donde tuvo contacto con los jesuitas del Perú y le solicitó al provincial P. Baltasar Piñas que le enviara misioneros para su diócesis, puesto que aún no había recibido noticias de los solicitados al Brasil, y en noviembre de 1585 llegaron a Santiago del Estero los PP. Francisco de Angulo como superior y Alonso Barzana, junto al H. Juan de Villegas, pero no alcanzaron el Paraguay.

Volviendo al viaje de los jesuitas portugueses hacia el Paraguay, sabemos que fue por demás dificultoso. Se prolongó por un año y medio desde que salieron de Bahía, el 20 de agosto de 1586 hasta que llegaron a la boca del Río de la Plata en enero de 1587 y luego Córdoba, donde en el mes de abril se encontraron con los mencionados jesuitas del Perú. Según informó el gobernador del Tucumán Juan Ramírez de Velazco, a la entrada del Río de la Plata fueron atacados y robados sus libros, imágenes, reliquias y los dejaron a la mar con una pipa de agua y otra de harina (Pastells, 1912, I, p. 29). Aunque más informativa es la Relación de Viaje de 1587 (Levillier, 1919, I, p. 399-413), donde describe que el día 20 de enero dieron con tres navíos ingleses que los despojaron de todo cuanto tenían, excepto los 45 esclavos, porque no tenían nada para darles de comer. Los llevaron presos por 28 días y los dejaron a la deriva. Del Techo agrega que los bajaron en una isla desierta con el objeto de matarlos, a lo que Lozano añade que era la Isla de Lobos¹² (Lozano, 1754, I, p. 23-26), aunque después los embarcaron con el propósito de colgarlos del mástil. Una vez abandonados, tardaron 18 días en llegar a Buenos Aires, el 8 de marzo de 1587 en los navíos San Antonio con el P. Salcedo y los jesuitas y Nossa Senhora da Graça a cargo de Palma Carrillo¹³. Fueron recibidos por el vecindario y

¹² La Isla de los Lobos está ubicada sobre el océano Atlántico en la desembocadura del Río de la Plata frente a la actual ciudad de Punta del Este en Uruguay.

¹³ El pirata a cargo se llamaba Robert Withington, quien partió de Gravesend con una expedición organizada por el conde de Cumberland George Clifford. Eran dos naves, una el "Red Dragon", al mando de Withington, y el "Bark Clifford", al mando de Christopher Lister. Entre el 10 y 11 de enero de 1587 apresaron al navío "Minion", comandado por el inglés Abraham Cocke, con mercaderías y 45 negros, y al otro con mermelada, azúcar, 35 negros y los jesuitas.

el obispo del Paraguay fray Alonso Guerra O.P., que se encontraba en la ciudad¹⁴.

Una vez en Buenos Aires, el prelado procuró convencerlos para que vayan a Asunción (Del Techo, 2005, p. 76), pero recordemos que los jesuitas estaban acompañados por dos emisarios del obispo Vitória y a él le debían su viaje. Llegaron a Córdoba y, al encontrarse con el obispo y los misioneros del Perú (Lozano, 1754, I, p. 20), el P. Barzana invitó al P. Ortega a recorrer su comarca cinco meses. Luego pasaron a Santiago del Estero, donde fueron recibidos por el gobernador y los pobladores, quienes les ofrecieron una casa por residencia. El P. Barzana salió con los PP. Saloni, Ortega y Fields a misionar por el Salado, mientras los PP. Armini y Grão fueron a Santa Fe a esperar órdenes de su provincial para regresar a Brasil. El P. Barzana enfermó y regresaron a Santiago del Estero, donde el P. superior Angulo autorizó para que los jesuitas del Brasil fueran a Asunción (Pastells, 1912, I, p. 77; Del Techo, 2005, p. 79), por insistencia del obispo Guerra. Así lo hicieron en 1587, llegando el 11 de agosto, siendo recibidos por el gobernador licenciado Juan de Torres de Vera y Aragón y gran parte de la población. Inmediatamente y con el beneplácito de los vecinos, abrieron una residencia, en tanto el obispo se había retirado de Asunción con anterioridad y el religioso a cargo concedió amplias facultades para predicar y administrar los sacramentos a españoles e indios. Quedó como superior el P. Saloni y comenzaron a predicar por la ciudad, entre españoles y naturales. Después salieron hacia dos pueblos de indios comarcanos.

La evangelización del Guayrá

Después de permanecer un tiempo en Asunción, los PP. Ortega y Fields partieron rumbo al Guayrá, realizando un trabajo apostólico encomiable que merece sintetizarse. En su camino hacia Ciudad Real alcanzaron a bautizar a 1.000 naturales, además de consagrar 400 matrimonios. Poco antes de llegar al poblado hispano fueron buscados por el alguacil y unos soldados que los transportaron en unas canoas hasta llegar a la ciudad el 24 de junio de 1589. Ejercieron sus ministerios por un mes, dirigiéndose luego a Villarrica del Espíritu Santo¹⁵, donde residían 150 vecinos con grandes encomiendas. Salieron a las afueras con sus misiones volantes cuatro meses y volvieron a Asunción, dando información al P. Saloni

que había posibilidades de convertir unas doscientas mil almas (Del Techo, 2005, p. 81). Allí se encontraron con la famosa epidemia que había comenzado en Cartagena en 1588 y se había extendido por toda la América Meridional hasta el Estrecho de Magallanes (Lozano, 1754, I, p. 63). Solo en Asunción habían muerto 200 españoles y 2.200 indios, de los cuales 1.500 infieles fueron bautizados por los jesuitas antes de morir.

Posteriormente los PP. Fields y Ortega regresaron a Ciudad Real y Villarrica donde sospechaban sucedía el mismo flagelo. De tal manera que el 8 de setiembre de 1590 llegaron a la primera y, en cuarenta días en que permanecieron, celebraron 1.500 confesiones, 1.000 bautismos y 150 matrimonios. De allí fueron a Villarrica por expreso pedido del Cabildo, pero al poco tiempo de salir el P. Ortega contrajo una enfermedad y debió quedarse en un pueblo indígena, aunque no por eso dejó de trabajar. Por su parte el P. Fields siguió a la ciudad española. Finalmente se juntaron y permanecieron en Villarrica por nueve meses. Escribe Lozano que

hicieron un Catecismo breve, en el cual se contenía solo lo que es precisamente necesario para salvarse y por este instruía el Padre Ortega a los catecúmenos, de los cuales bautizó mas de seis mil y quinientos, fuera de dos mil y ochocientos que puso en estado (Lozano, 1754, I, p. 71).

También alcanzaron a los Ybyrajáras en 1592¹⁶, ubicados a 30 leguas de Villarrica, y que sumaban unos 10.000 indios de guerra, de los que el P. Ortega dejó una relación que transcribe el P. Lozano (1754, I, p. 71-73). Allí expone que, luego de regresar a Villarrica después de sus misiones volantes, se enteraron que la peste los había alcanzado. El P. Ortega aprendió su lengua y bautizó unos 2.800 y casó a unos 1.400. Aunque los bautizados eran niños y gente anciana al borde de la muerte. Pero lo importante es que el P. Ortega logró que se instalara un grupo de 300 individuos en las cercanías de Villarrica para poder ser mejor asistidos y ver si en dos años perseveraba su bautismo, como así lo hicieron, incluso trayendo más gente de su nación. “La misma prueba se hizo de otros Pueblos remotos, donde eran llamados los Padres”. Continúa Lozano manifestando que los indios “Para motivar mas eficazmente la ida de los dos Ministros del Señor, dejaban

¹⁴ Relación del viaje del Brasil que por mandato del Reverendísimo señor Obispo de Tucumán se ha hecho para traer religiosos de la Compañía de Jesús y descubrir el camino del Río de la Plata hasta Viza, y de allí al Brasil (Pastells, 1912, I, p. 31-45; Lozano, 1754, I, p. 25).

¹⁵ También conocida como ciudad de Ontiveros, pues se fundó con sus habitantes. Se ubicaba junto al río Piquirí en tierras del cacique kuarahyerá de los Ybyrajáras, actual municipio de Fênix en el estado brasileiro de Paraná. Permanecerá en ese sitio hasta 1592, para luego tener otras varias mudanzas. Contaba con una iglesia, un cabildo y una fortaleza con torreones.

¹⁶ Los Ybyrajáras vivían cerca de la desembocadura del río Tieté y a lo largo del Paraná y el Jetaicá. Conocidos también como indios “Bilreiros” –según informa el P. Anchieta a San Ignacio el 1º de setiembre de 1553–, fueron visitados por Pero Correia, João de Sousa y Fabiano Lucena por orden del P. Nóbrega. Los dos primeros fueron mártires de los carijós a los pocos meses (Leite, 1956, II, p. 83).

labradas Cruces de ochenta pies de alto, y fabricada Iglesia, en cuyo Atrio se avia de enarbolar el Estandarte triunfador del Abismo” (Lozano, 1754, I, p. 74).

La labor realizada era inconmensurable, por lo que un regidor del Cabildo fue a Asunción a solicitarle al P. Saloni que autorizara la fundación de una residencia con aquellos sacerdotes y el superior aceptó (Pastells, 1912, I, p. 79-81; Lozano, 1754, I, p. 77-78). Corrían los inicios de 1593 cuando, ya trasladada la ciudad de Villarrica a unos 100 km de su sitio original, el Cabildo se hizo cargo de la construcción de una casa e iglesia en un terreno donado por la viuda del cacique Melchor, doña María Boypitán, pero que había usurpado el capitán Juan Merino y restituyó Ruy Díaz de Guzmán. El gobernador otorgó merced de tierras en las afueras de la ciudad, junto a otras que también dejó la india mencionada sobre el río Ivai. En tanto algunos vecinos ofrecieron indios yanaconas (Cortésão, 1951, p. 117-122). En dos años concluyeron las obras y la iglesia de tres naves se dedicó a San Juan Bautista, permaneciendo allí una década.

El P. Saloni estuvo en Asunción cinco años, y su labor no era menor, pues además de los ministerios habituales instruía a los indios que llegaban a la ciudad con no poco rechazo de los encomenderos. Incluso formó a un joven paraguayo que pasó santamente a la historia llamado Roque González de Santa Cruz¹⁷. Agrega Lozano que el P. Saloni se valió del piadoso teniente general de la gobernación, general don Bartolomé de Sandoval Ocampo, para convencerlo que emitiera un bando “en que se fulminase la pena de privación de la Encomienda contra los Encomenderos”. Con esto logró que los indios asistieran al catecismo, haciendo más creíble la doctrina (Lozano, 1754, I, p. 81). Pero la lucha contra el servicio personal sería larga y dificultosa. Otra calamidad fueron los continuos ataques de los guaycurúes a Asunción, entre los que propiciaron un incendio a la ciudad. Al otro día Hernandarias capturó a ochenta guaycurúes y los condenó a la horca, lo que dio pie a la intervención del P. Saloni quien, si bien los bautizó, no logró salvar sus vidas (Lozano, 1754, I, p. 82).

La llegada de jesuitas del Perú

Con el tiempo el provincial P. Juan Sebastián Piñas designó al P. Juan Romero como superior de los jesuitas del Tucumán y Paraguay. Confirmó para Asunción al

P. Saloni, y le envió de apoyo a los PP. Marciel de Lorenzana, Alonso de Barzana y Juan de Aguilar, mientras que en Villarrica siguieron los PP. Ortega y Fields.

Inmediatamente el P. Saloni le pidió a su superior, el por entonces enfermo P. Barzana, ir a las afueras de la ciudad a predicar a los indios, mientras él se quedaba en Asunción. Así fue que el P. Saloni llevó al P. Lorenzana¹⁸ con quien recorrió el río Paraguay, cargados con sus altares portátiles y varios indios que los acompañaron. Caminaron cerca de 200 leguas predicando por las tierras de Atirá, Pitú y del gran cacique Cuarambaré, llegando al Itatí a fines de 1593 (Lozano, 1754, I, p. 224; también en ARSI, Paraq. 15 f. 84). En muchos lugares eran muy bien recibidos, con cantos y arcos triunfales y agrega Lozano:

Acabado el cortejo, si había iglesia en el Pueblo, se juntaban en ella los moradores, y si no la había en la Plaza, donde el Padre Saloni en la lengua vulgar del país, les hacía saber el fin de su venida (Lozano, 1754, I, p. 225).

Pues es evidente que el P. Lorenzana aprendió el guaraní con el P. Saloni, siendo el primer enviado de la provincia del Perú que tuvo contacto con los guaraníes. El mismo P. Barzana da cuenta que

los tres PP. que vinieron del Brasil (Saloni, Ortega y Filds) saben muy bien el Guaraní, muy poco diferente del Tupí, y el P. Marciel de Lorenzana lo habla con mucha propiedad y distinta pronunciación¹⁹.

A su regreso los visitó el superior P. Romero, al tiempo que el Cabildo, tanto eclesiástico como civil, les propusieron que, si decidían quedarse, estos le proveerían de casa y erigirían iglesia, además de lo necesario para su manutención. Pero el P. Romero no aceptó sin antes consultar con el provincial e incluso al general. Igualmente los vecinos compraron una casa en la plaza, la acondicionaron y pusieron a disposición de los jesuitas en 1594. Fue formalmente aceptada por el general Aquaviva en 1609 y el P. Torres al año siguiente. Y no solo eso sino que los vecinos, especialmente el teniente de gobernador mencionado, aportó importantes sumas de dinero para la obra, siendo además el superintendente de la misma que contó con 80 obreros (Lozano, 1754, I, p. 245-246). Continuaron enseñando las primeras letras, e incluso el P.

¹⁷ San Roque González (Asunción, 1576-Caaró, Rio Grande do Sul, 1628) recibió el sacramento sacerdotal en 1598 y 11 años después ingresó a la Compañía de Jesús, destacándose en su labor misional entre los guaraníes con quienes fundó varias reducciones en los actuales territorios de Paraguay, Argentina y Brasil. Precisamente luego de fundar São Nicolau, sus habitantes se revelaron destruyendo el pueblo y matando al P. Roque y sus dos compañeros. Luego de un largo proceso fue canonizado por Juan Pablo II en 1988.

¹⁸ Una completa biografía, aunque inédita en: ARSI, Paraq. 15. “Vida del Venerable Padre Marciel de Lorenzana de la Compañía de Jesús. Apóstol del Paranaí”, f. 64-229v. Su noticia necrológica en ARSI, Paraq. 11, ff 215v-216 y en Del Techo y Orosz (1759, p. 95-103), entre otros.

¹⁹ Carta del P. Alonso Barzana al provincial Juan Sebastián del 8 de setiembre de 1594 (Pastells, 1912, I, p. 97).

Barzana comenzó a dar lecciones de Latinidad, en tanto que el P. Romero instituyó una cátedra de Teología Moral, que él mismo se encargó de leer (Lozano, 1754, I, p. 240).

Para noviembre de 1594, los PP. Saloni y Lorenzana, con autorización del P. Romero, viajaron a Ciudad Real y Villarrica, donde tan solo permanecieron un mes. Alcanzaron cinco poblaciones indígenas antes de llegar al pueblo de Hieruquesaba, ubicado sobre el Paraguay y a la población costera de Mbaracayú²⁰ y luego la del río Igatimé, donde el P. Lorenzana enfermó. Después alcanzaron Ciudad Real, donde permanecieron unos 10 días para luego partir a Villarrica y encontrarse con sus hermanos de religión (ARSI, Paraq. 15, f. 89).

Del Techo, hablando de los PP. Ortega y Fields, escribe que “cerca de Villarrica fundaron dos pueblos con los gentiles que habían convertido”, por lo que, al enterarse el P. Barzana, llamó al P. Ortega “apóstol de los guaraníes” (Del Techo, 2005, p. 105). En este punto especial acercamos un comentario del P. Lozano que, antes de llegar a Villarrica en el primer viaje, supieron de unos indios que vivían muy aislados en la selva y en suma miseria. Los PP. enviaron dos emisarios con obsequios: “si las recibiesen con señales de estimación, llevaban orden los mensajeros, que les apretasen sobre que abandonasen de una vez los bosques, para que les enseñasen a vivir como racionales”. Continúa relatando Lozano que les fue bien a los mensajeros, pues al cabo de nueve días vino a visitar a los PP. el cacique principal y algunos vasallos y “dio palabra de abandonar sus madrigueras, y reducirse a aquel Pueblo a vivir como hombre y hacer todo lo posible para que le siguiesen los suyos” (Lozano, 1754, I, p. 58-59).

En el segundo viaje, enviados por el P. Romero, el P. Lozano comenta que los PP. Ortega y Fields

avian convertido innumerables Infieles, puliendo lo bronco de sus genios, y domesticando lo cerril de sus naturales, con la vida política en que los avian impuesto: para lo qual les fue forzoso andar en busca de muchos, mas propiamente fieras, que racionales, por bosques incultos, y breñas muy arduas, sin reparar en trabajo, por reducirlos a vida sociable, en que fructifican mejor las costumbres cristianas, con el continuo riego de la enseñanza: y de estos tenían fundados dos numerosos

Pueblos cerca de la Villarrica, que eran los Benjamines queridos, como hijos de los dolores, con que los sacaron á la luz del Christianismo entre sudores, y fatigas imponderables: ambos Pueblos florecian igualmente en la observancia de la Ley Divina, y en la policía Christiana, lograndose bien el particular fomento, con que los atendía su desvelo (Lozano, 1754, I, p. 253).

Como si fuera poco, en 1593 se había fundado la ciudad de Santiago de Jerez cercana al río Paraguay arriba y a 200 leguas de Villarrica. Hasta aquí llegaron los PP. Ortega y Fields. Escribe Lozano que lo hicieron “dos o tres veces”, y que en la segunda regresaron en 1597 habiendo predicado entre españoles y miles de indios (Lozano, 1754, I, p. 274-275).

En 1592 falleció en Asunción el H. Juan de Aguila, al poco tiempo de la partida del P. Romero, y en 1599 murió allí el P. Saloni. En una carta del P. Romero, expresa del P. Saloni “si faltara de esta Ciudad, perdiera ella grande consuelo, y esta misión el mejor obrero guaraní, y mas incansable, y fiel, que podrá hallar en toda la Provincia” (Lozano, 1754, I, p. 234).

En Asunción se quedó solo el P. Lorenzana, quien le pidió refuerzos al P. Romero, pero, como no pudo brindárselos por falta de personal, decidió que los PP. Ortega y Fields abandonaran Villarrica²¹, por entonces portadora de pestes e inundaciones. Pero no solo dejaron la ciudad hispana sino que devolvieron la residencia al Cabildo, en tanto el P. Lorenzana convenció al gobernador que no se preocupara que sería posible se enviaran operarios desde San Pablo.

Comenzaron sus tareas pastorales en Asunción, sobre todo los PP. Lorenzana y Ortega, pues el P. Fields adolecía de una penosa enfermedad. Pero la llegada del visitador P. Esteban Páez al Tucumán marcó un giro inesperado, pues resolvió que también abandonaran esa residencia y que los jesuitas que allí moraban partieran al Tucumán. Como argumento esgrimió que los jesuitas del Brasil se podrían hacer cargo también de Asunción. Salieron de allí los PP. Lorenzana y Ortega el día de la Asunción de 1602. Pero el P. Fields se quedó en la casa por su enfermedad. Pasaron por Santa Fe y de allí partieron a Córdoba.

²⁰ El P. Torres envió varios años después a los PP. Cataldino, Mascetta y al mencionado Rodrigo Melgarejo, haciendo el mismo recorrido (Carta Anua del P. Diego de Torres, Córdoba, 23 de diciembre de 1610, Leonhardt, 1927, p. 87).

²¹ Lo hicieron a principios de noviembre de 1599 (Lozano, 1754, I, p. 408-411). Villarrica será extensamente mencionada por el P. Torres en su primera Carta Anua; enviando a misionar a los PP. Cataldino, Masceta y al mencionado Melgarejo, pasaron por los mismos pueblos que los jesuitas. Varios años después el provincial Nicolás Mastrilli Durán (1623-1629) escribió en la Carta Anua que firma en 1628 que no fue posible conservarla y “se caio la Iglesia y no quedo mas que la memoria del Colegio”. No obstante los PP. de las reducciones de Loreto y San Ignacio frecuentaban la ciudad de escasos 200 habitantes que no querían la presencia de los jesuitas porque estaban en contra del servicio personal que bien aprovechaban los españoles. El provincial visitó la región y envió a su compañero el P. Cristóbal de la Torre y al P. Pablo de Benavidez a que recorrieran los pueblos de indios comarcanos que servían a la villa y a la propia ciudad española. Reanudaron la residencia, designando al P. Cataldino como superior (Leonhardt, 1929, p. 353-355). Cuatro años después se aconsejó no fundar colegio, pues quien se había comprometido a hacerlo se había arrepentido (ARSI, Paraq. 2 ff. 55v, 72 y 88v). Los jesuitas volvieron muy esporádicamente. De Villarrica era el coadjutor Gabriel Brito, nacido allí en 1612. Su noticia necrológica en Carta Anua del P. Francisco Lupercio Zurbano, Córdoba, 13 de diciembre de 1643 (Maeder, 1984, p. 40-41).

El debate sobre si los jesuitas del Perú o del Brasil se harían cargo del Paraguay continuó un tiempo más. Varias cartas llegaban al general Aquaviva desde ambas regiones dando sus pareceres y orientando su decisión a fundar la provincia del Paraguay. En Asunción quedó solo –como dijimos– el P. Fields, mientras ocupó el obispado fray Martín Ignacio de Loyola OF, pariente de San Ignacio. Inmediatamente tuvo noticias de la obra de los jesuitas en la ciudad y escribió al superior P. Romero tratando de convencerlo para que regresaran.

Los destinos de los PP. Ortega y Fields

Ambos compañeros no volvieron a verse, después de haber compartido tantos años en las misiones itinerantes de la región paraguaya. Al llegar a Córdoba el superior P. Romero le comunicó al P. Ortega que el Tribunal de la Santa Inquisición lo había acusado de solicitación, por lo que estuvo preso cinco meses, con arresto domiciliario en el Colegio de San Pablo de Lima. Posteriormente quien lo había denunciado declaró en Villarrica, antes de morir, que había sido una calumnia. De tal manera que fue absuelto a principios de 1606.

Una vez libre, el virrey del Perú, don Gaspar de Azevedo conde de Monterrey, solicitó que el P. Ortega se entregase a la conversión de los chiriguano. De esta manera se formó en 1607 una expedición compuesta por los PP. Diego Samaniego y Anello Oliva, quienes entrarían a los chiriguano por el río Guapay, y los PP. Ortega y Jerónimo de Villarno por Tarija (Pastells, 1912, I, p. 223 y 470). La misión se volvió insostenible ante el rechazo de los nativos y, a los dos años, el jesuita portugués Ortega se retiró al colegio de Chuquisaca, donde pasó sus últimos años, falleciendo el 21 de octubre de 1622.

Al llegar a Asunción, los PP. Lorenzana y Cataldino encontraron –como dijimos– al P. Fields un poco enfermo con sus 56 años vividos en medio de muchas privaciones y sacrificios. Pero con una ininterrumpida labor con sus deberes pastorales. Fue el P. Fields quien en estos años desde Asunción escribió al P. General (1601), al viceprovincial del Brasil P. Inácio Tolosa (1604), al visitador Esteban de Páez y al provincial del Perú Rodrigo Cabredo tratando de explicar la conveniencia que Asunción y su extensa comarca fuera asistida por los PP. del Brasil. Fueron sus cartas las que provocaron reacción entre algunos jesuitas del Perú, que comenzaron a comunicarse con el General en Roma para que instituyera una viceprovincia del Perú que comprendiera las

gobernaciones de Paraguay, Tucumán, Río de la Plata y Santa Cruz de la Sierra.

En 1602, la Congregación General del Perú eligió Procurador a Europa al P. Diego de Torres Bollo. En Roma propuso la división de la extensa provincia, a lo que el P. General consintió en crear dos viceprovincias. Una al norte llamada Quito y otra al sur llamada Charcas con las misiones de Tucumán, Paraguay y Santa Cruz de la Sierra. Para esta última designó al P. Diego Álvarez Paz, quien la gobernó entre 1605 a 1607. Fue quien dispuso se poblara nuevamente Asunción como lo había pedido el obispo, enviando obviamente al P. Lorenzana, que conocía perfectamente el lugar. Junto a él fue de la partida el PP. José Cataldino, quien había llegado en la expedición del P. Torres, para retomar desde octubre de 1605 las tareas emprendidas desde 1587 (Del Techo, 2005, p. 141).

Entre las primeras medidas efectivas que tomó el P. Torres al asumir como provincial del Paraguay fue la de conservar la residencia de Asunción, pues resultaba estratégica para la evangelización de la región. Para ello a mediados de 1609 sumó a los PP. Vicente Griffi, Roque González de Santa Cruz, Francisco de San Martín y Simón Mascetta para que emprendieran una intensa exploración de la región. Solo quedó en Asunción el P. Fields con el H. Miguel de Acosta, maestro de la escuela. De tal manera que en ese año y a orillas del río Paranapanema en el Guayrá, los PP. Marciel de Lorenzana y Francisco de San Martín fundaron la reducción de San Ignacio en la zona de Itambaracá, y al año siguiente los PP. José Cataldino y Simón Mascetta la de Loreto sobre el río Pirapó. Un buen número de sus habitantes habían sido bautizados por los PP. Fields y Ortega.

Es de destacar que quien les enseñó guaraní a los nuevos operarios fue el discípulo del P. Ortega. Nos referimos al P. Lorenzana (ARSI, Paraq. 15. ff. “Vida del Venerable Padre Marciel de Lorenzana de la Compañía de Jesús. Apóstol del Paraná” ff. 64-229v), en sus largas expediciones por el Paraguay. En tanto que su compañero P. San Martín escribe que el P. “Lorenzana, traduce en lengua guaraní los sermones del Concilio Limense, que he procurado entender algo”, porque a su vez, sigue San Martín, tiene en sus manos la gramática de Anchieta y de ella se aprovecha en sus propios estudios, como también lo hacía de los apuntes de Bolaños (ARSI, Paraq. 11 f. 69).

Los asunceños pronto vieron las verdaderas intenciones del flamante provincial, cuando en 1612 acompañó al oidor Francisco de Alfaro, promulgando las Ordenanzas que intentaban terminar con el servicio personal. El alboroto causó tanta borrasca que los misioneros decidieron retirarse por un tiempo de la ciudad²². Continuaba la evangelización entre guaraníes comenzada por los PP.

²² Carta Anua del P. Diego de Torres, Córdoba, 8 de abril de 1614 (Leonhardt, 1927, p. 27).

Ortega y Fields. Este último, ya octogenario, también colaboró para que sus hermanos de religión aprendieran la lengua guaraní, falleciendo en el colegio el 15 de abril de 1625, cuando la región del Paraguay contaba ya con cinco reducciones en el Paraná, diez en el Guayrá y cuatro en el Uruguay.

Conclusiones

Las residencias-colegios jesuitas en ciudades, tanto hispanas como brasileras, sirvieron como base de operaciones apostólicas para las misiones itinerantes entre los habitantes urbanos y rurales. Es decir, catequizar, pacificar y prepararlos para la “vida civilizada” en agrupamientos poblacionales. Con ellas los jesuitas comenzaron a vislumbrar el problema que significaba la convivencia entre naturales y europeos, como ya había pasado en otros sitios, desde la llegada de los primeros europeos a las Antillas. El agrupamiento de indios en zonas suburbanas facilitarían la tarea evangelizadora, pero a su vez proporcionarían orden en la explotación de la mano de obra.

Los primeros jesuitas brasileros resolvieron esta cuestión con las *aldeias*, donde levantaban una iglesia y su residencia, pero en general no era habitada por estos en forma permanente. Este sistema los llevó a hacerse cargo de la administración temporal y con ello la reinterpretación de los conceptos de espiritualidad ignaciana. La convivencia con el indígena supuso una experiencia enriquecedora para la Compañía de Jesús a tal punto que abrió un nuevo paradigma verdaderamente expansivo.

El proyecto de los jesuitas brasileros de alcanzar Asunción nació con el P. Nunes y el pleno apoyo del provincial P. Nóbrega desde antes que viajara a São Vicente. No llegó a concretarlo, pero este último alcanzó a fundar varias *aldeias* que supuestamente servirían de núcleos poblacionales intermedios para llegar a su objetivo. La más importante fue Piratininga en tiempos que el mismo San Ignacio se congratulaba con la comunicación con el Paraguay. Varios frustrados intentos fueron el preámbulo para que, después de la unión de las dos Coronas en 1580, los jesuitas del Brasil en su Congregación de 1583 decidieran convencer al general sobre las ventajas de asistir al Paraguay desde Brasil. Al año siguiente el general Aquaviva autorizó la evangelización del Paraguay a través del visitador Cristóvão de Gouveia.

De tal forma que la decisión y hasta los misioneros a enviar ya había sido tomada por el provincial P. Anchieta, aun antes que recibiera la carta del portugués y obispo del Tucumán solicitando misioneros para el Paraguay.

La labor pastoral de los PP. Saloni, Ortega y Fields no se limitó a la ciudad de Asunción, sino que además los dos últimos levantaron una residencia en Villarrica. El

trabajo en el Paraguay comenzó en varias etapas, prolongándose por una década, donde levantaron casa e iglesia en Villarrica, sirviendo entonces como base de operaciones apostólicas para la región del Guayrá, donde cumplieron con los sacramentos de la Iglesia miles de naturales. Extenuante labor evidentemente previa a la fundación de un pueblo. Tarea que lograron con unos 300 Ybyrajáras en las afueras de la ciudad. Pero también –y lo escribe Del Techo, ratificándolo Lozano– los PP. Ortega y Fields fundaron dos pueblos indígenas cerca de Villarrica de los que no nos han quedado mayores referencias. El resto de los pueblos comarcanos –escribe Lozano–, algunos se juntaban a la llegada de los PP. en “iglesias” y los que no la tenían en la “plaza”.

El pueblo de los Ybyrajáras permaneció al menos dos años, los otros lo desconocemos. Pues varias dificultades se hicieron presentes para no haber podido desarrollarse. Principalmente las pestes, la injerencia de colonos y los naturales que se resistieron a la invasión.

Otra cuestión importante que comenzaron los primeros jesuitas en el Paraguay fue la defensa y libertad de los indios, con no pocos resultados obtenidos por el P. Saloni en Asunción, y que retomó después el P. Torres. Un objetivo que también se estaba dando en forma paralela en las *aldeias* del Brasil.

De tal manera que sin todo el trabajo previo realizado por los primeros jesuitas que llegaron al Paraguay, el P. Lorenzana, que fue discípulo directo de ellos, no podría haber fundado una reducción y haberse expandido el apostolado de la forma que se hizo. Pues a partir de estos inicios la evangelización fue adoptando diversas propuestas de acción en la medida que las circunstancias lo fueron imponiendo.

Referencias

- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN ARGENTINA (AGN). Sala IX, 21-5-2 ff. 39-42.
- ARCHIVO ROMANO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (ARSI). Paraq. 11 f. 69; Paraq. 15. ff. “Vida del Venerable Padre Marciel de Lorenzana de la Compañía de Jesús. Apóstol del Paraná” ff. 64-229v; Paraq. 2 ff. 55v, 72 y 88v; Paraq. 15, f. 89; Paraq. 11, ff. 215v-216; Paraq. 15 f. 84.
- ASSUNÇÃO, C.; FONSECA, M. DE C. 2005. A arte de Grammatica da Lingoa mais usada na costa do Brasil, de José de Anchieta, no quadro da gramaticalização de vernáculos europeus. In: G. RIO-TORTO; M. VILELA, *Estudos em homenagem ao professor doutor Mário Vilela*. Porto, Universidade do Porto, p. 161-175.
- BOND, R. 2014. *Historia del Camino de Peabiru – Descubrimientos y secretos de la ruta indígena que conectaba el Atlántico al Pacífico*. Florianópolis, Editora Aimerê, 320 p.
- CORTESÃO, J. 1951. *Jesuitas e bandeirantes no Guairá (1549-1640)*. Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 506 p.

- COSTA, F.L.; MENEZES, S.L. 2002. Algumas considerações sobre a ocupação europeia da região do Guairá nos séculos XVI e XVII. *Acta Scientiarum: Human and Social Sciences*, 24(1):223-232. Disponível em: <http://periodicos.uem.br/ojs/index.php/ActaSciHumanSocSci/article/view/2450/1708>. Acesso em: 01/02/2015.
- DEL TECHO, N.; OROSZ, L. 1759. *Decades vivorum illustrium Paraguariae Societatis Jesu Ex instrumentis literariis ejusdem Provinciae...* Tyrnavia, Typis Academicis Societatis Jesu, 384+184 p.
- DEL TECHO, N. 2005. *Historia de la Provincia Del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Asunción, Centro de Estudios Paraguayos "Antonio Guasch", 743 p.
- EGANÑA SJ, A. de. 1961. *Monumenta Peruana III (1581-1585)*. Romae. In: *Monumenta Missionum Societatis Iesu*. Misiones Occidentales, vol. XVIII, 1047 p.
- FRANZEN, B. 1999. *Os jesuítas portugueses e espanhóis e sua ação missionária no sul do Brasil e Paraguai (1580-1640): Um estudo comparativo*. São Leopoldo, Editora Unisinos, 277 p.
- FRANZEN, B. 2003. *Jesuítas portugueses e espanhóis no Sul do Brasil e Paraguai coloniais: novos estudos*. São Leopoldo, Editora Unisinos, 125 p.
- FURLONG SJ, G. 1971. *Tomás Fields SJ y su "Carta al Prepósito General (1601)*. Buenos Aires, Casa Pardo, 125 p.
- GADELHA R.M. 2013. Jesuítas portugueses no Paraná: uma contribuição para a história da expansão territorial do Brasil. *his: Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 1(1):4-23.
- GWYNN, A. 1924. *Father Thomas Field, S.J.: A Pioneer of the Church in Paraguay*. Dublin, The Irish Messenger, 142 p.
- HERNÁNDEZ SI, P. 1913. *Organización social de las doctrinas guaraníes de La Compañía de Jesús*. Barcelona, Gustavo Gili Editor, Tomo 1, 608 p.
- LEITE SJ, S. 1936. *Os jesuítas na Vila de São Paulo (século XVI)*. São Paulo, Departamento Municipal de Cultura, 51 p.
- LEITE SJ, S. 1937. Jesuítas do Brasil na fundação da missão do Paraguai (11 de agosto de 1588). *Separata de AHSI*, v. 6, 24 p.
- LEITE SJ, S. 2001 [1938]. *História da Companhia de Jesus no Brasil*. São Paulo, Edições Loyola, 4 tomos.
- LEITE SJ, S. 1956. *Monumenta Missionum Societatis Iesu. Misiones Occidentales. Monumenta Brasiliae (1538-1553)*. Roma, Monumenta Historica SI, T. 1.
- LEITE SJ, S. 1957. *Monumenta Missionum Societatis Iesu. Misiones Occidentales. Monumenta Brasiliae (1538-1553)*. Roma, Monumenta Historica SI, T. 2.
- LEITE SJ, S. 1958. *Monumenta Missionum Societatis Iesu. Misiones Occidentales. Monumenta Brasiliae (1538-1553)*. Roma, Monumenta Historica SI, T. 3.
- LEITE SJ, S. 1960. *Monumenta Missionum Societatis Iesu. Misiones Occidentales. Monumenta Brasiliae (1538-1553)*. Roma, Monumenta Historica SI, T. 4.
- LEONHARDT SJ, C. 1927. *Documentos para La Historia Argentina. Tomo XLX: Iglesia: Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Buenos Aires, Facultad de Filosofia y Letras, 588 p.
- LEONHARDT SJ, C. 1929. *Documentos para La Historia Argentina. Tomo XX: Iglesia: Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1615-1636)*. Buenos Aires, Facultad de Filosofia y Letras, 817 p.
- LEVILLIER, R. 1919. *Organización de la Iglesia y órdenes religiosas en el Virreinato del Perú: en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*. Madrid, Suc. de Rivadeneyra, Tomo 1, 345 p.
- LÍGIO DE OLIVEIRA, M. 2008. Regulamentos das aldeias: da Missão ideal às experiências coloniais. *Outros Tempos*, 5(6):186-201.
- LOZANO SI, P. 1754. *Historia de la Compañía de Jesus en la Provincia del Paraguay*. Madrid, Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, T. 1, 767 p.
- MAEDER, E.J.A. 1984. *Cartas Anuas de La Provincia del Paraguay 1637-1639*. Buenos Aires, FECIC, 192 p.
- MENDIETA, G. 1870. *Historia eclesiástica indiana*. Publicada por Joaquín García Icazbalceta. México, Antigua Librería Portal de los Agustinos, 790 p.
- MONTEIRO, J.M. 1994. *Negros da terra: Índios e bandeirantes nas origens de São Paulo*. São Paulo, Companhia das Letras, 300 p.
- MONTEIRO, J.M. 2004. Dos Campos de Piratininga ao Morro da Saudade: a presença indígena na história de São Paulo. In: P.PORTA (org.), *História da cidade de São Paulo: A cidade colonial*. São Paulo, Paz e Terra, vol. 1, p. 21-67.
- PAGE, C. 2012. *Las otras reducciones jesuíticas: Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los Siglos XVII y XVIII*. Saarbrücken, Editorial Académica Española, 468 p.
- PASTELLS, P. 1912. *Historia de La Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia, Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*. Madrid, Librería General de Victorino Suárez, Tomo 1, 593 p.
- RUIZ GONZÁLEZ, R. 2004. El modelo jesuítico frente a las experiencias producidas por la práctica de la catequesis en el Brasil colonial. *Revista de Indias*, LXIV(231):485-502.
- SCHALLENBERGER, E. 1997. *A integração do Prata no sistema colonial: colonialismo interno e missões jesuíticas do Guairá*. Toledo, Ed. Toledo, 245 p.
- STORNI SJ, H. 1980. *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma, Institutum Historicum S.I., 350 p.
- TANNER, M. 1675. *Societas Jesu Usque Ad Sanguinis Et Vitae Profusionem Militans, In Europa, Africa, Asia, Et America, Contra Gentiles, Mahometanos, Judaeos, Haereticos, Impios, Pro Deo, Fide, Ecclesia, Pietate, Sive, Vita, Et Mors Eorum, Qui Ex Societate Jesu In Causa Fidei, & Virtutis Propugnatae, Violentâ Morte Toto Orbe Sublati Sunt*. Pragae, Typis Universitatis Carolo-Ferdinandae.
- VARGAS UGARTE SJ, R. 1963. *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. Burgos, Imprenta Aldecoa, 1963-1965, 4 vols, 674 p.
- VIOTTI, H.A. 1969. Padre Manuel de Ortega, da Companhia de Jesus: um grande de América. *Revista do Ateneu Paulista de História*, 6:30-45.

Submetido: 06/05/2015
Aceito: 15/10/2015